

Pandemonium

Semanario Ilustrado

DIRECTOR: RICARDO FERNANDEZ GUARDIA

LA MANCHURIA RUSA

El conflicto que ha puesto las armas en las manos de Rusia y del Japón y cuyo desenlace espera con impaciencia el mundo entero, estriba en una disputa acerca de la influencia que ambas naciones beligerantes pretenden ejercer sobre dos territorios: Manchuria, por una parte; Corea por la otra.

Desde que se entablaron negociaciones entre las dos potencias, negociaciones que no pudieron llevarse á buen fin, el telégrafo comunicó á todas las cancillerías y trasmitió á los periódicos tan sólo una noticia cierta. Rusia, que estaba dispuesta á entrar en arreglos con el Japón en lo tocante á Corea, se mostraba y seguirá mostrándose netamente intransigente en lo que se refiere á sus intereses en Manchuria.

Conviene saber ahora qué clase de país es Manchuria, en el cual pretende establecerse el Japón, que China reivindica en secreto y de que los rusos quieren ser dueños exclusivos.

Al norte de Pekín el disputado territorio manchú está todo rodeado de monta-

ñas. Estas cordilleras se alzan al occidente como una valla delante de la asolada Mongolia y la inmensidad del desierto de Gobi. Al norte obligan al río Amur á modificar su curso y lo hacen salir hacia las estepas tártaras. Constituyen luego, al oriente, una frontera natural á la entrada de la península coreana. Hace apenas algunos años la Manchuria era un inmenso Estado de 942,000 kilómetros cuadrados, límite de las provincias rusas del Amur y del Usuri, del cual administraban los chinos tres provincias: Mukden ó Manchuria meridional, Girin ó Manchuria setentrional y por último Manchuria occidental que colinda con Mongolia y el gran desierto de Gobi.



UNA MUSMÉ JAPONESA

Habiendo llevado los rusos el ferrocarril transiberiano hasta el río Amur y establecido en éste una flotilla de transportes, continuaron desde Khabarook la construcción de la vía férrea hasta Vladivostock. Por este medio encerraron la Manchuria china en el círculo de sus trabajos de sitio. Poniendo luego la mira á los mares del sur, se aprovecharon de la primera oportunidad para establecer una guarnición en Puerto Arturo. Terminada la guerra chino-japonesa y en ocasión en que las poten-

237

cias europeas procuraban adquirir ventajitas en China, obtuvo Rusia que el Transiberiano pudiese continuar directamente su camino, pasado el lago Baikal, al través de la Manchuria. Los territorios necesarios fueron concedidos por medio de arrendamiento; todos los trabajos debían hacerse por operarios rusos, custodiados y protegidos por tropa rusa. La cesión definitiva de Puerto Arturo á Rusia acabó de dar á este convenio diplomático el carácter de una verdadera anexión de Manchuria al Imperio de los zaras.

Esta convención se llevó á cabo en 1896 y durante los siete años trascurridos desde entonces, los nuevos dominadores han realizado un esfuerzo formidable. El resultado de este esfuerzo intensivo en hombres y en dinero, es lo que ahora no quieren abandonar. Ya una vez, en 1890, con motivo de la sublevación que ensangrentó casi toda la Manchuria, en momentos en que ardía Blagoveschenk y era prohibido beber el agua del Amur, tan grande era el número de cadáveres que acarreaba el río, los ingenieros rusos vieron todos sus trabajos destruidos en un instante.

Un viajero francés, M. Weulersse, que se hallaba á la sazón en Khabarook, ha referido la conversación á todas luces instructiva que tuvo con un ruso, jefe de trabajos del Transmachurjano.

«¡Oh, qué buen negocio es éste ferrocarril!—decía éste.—Un jefe de sección gana allí doscientos, trescientos mil francos.... ¡Oh, de sueldo! Mejor dicho, coge todo lo que quiere. ¡Qué dicha! Los chinos han destruido todo; ya no queda nada. ¡Nada!—repetía el ruso con una alegría candorosa.—Habrà que rehacerlo todo. Los millones enterrados allí no los volverán á encontrar nunca; no queda huella ninguna; ya no hay contabilidad; todo se ha perdido!»

Y añadía para concluir: «los chinos pagarán en dinero ó en tierras. ¡Dieciocho

millones de habitantes y un territorio magnífico!»

Puede citarse también este hecho no menos típico. Un día, al pasar un tren, cedió un puente y casi todos los carros fueron deshechos con una parte del puente. En el acto acudieron ingenieros de Khabarook, pero no perdieron el tiempo en rescatar los materiales hundidos. De prisa y para restablecer lo más pronto posible la comunicación, reconstruyeron rápidamente por encima de todo aquello los travesaños que habían cedido y los trenes pasaron como antes.

Se concibe que con semejantes procedimientos de rapidez á toda costa, puestos en práctica en una distancia de 2.400 kilómetros, el ferrocarril transiberiano, tal como hoy existe, representa una adquisición preciosa.

* * *

Por otra parte, el país en sí mismo es de una riqueza excepcional, desde el doble punto de vista agrícola y minero. Los habitantes son labradores en su gran mayoría. Los manchús de raza pura son pequeños, tienen la piel morena, los pómulos salientes, la frente espaciosa y sus ojos no son oblicuos ni tirantes como los de los chinos, sino bien abiertos y colocados horizontalmente. Sus costumbres y su traje son totalmente chinos. Sin embargo, las mujeres no observan la costumbre de deformarse los pies; además han adoptado un peinado característico que no carece de elegancia. Se plantan en la cabellera pesados alfileres de plata.

Las costumbres de los campesinos manchús son enteramente patriarcales; las familias son muy numerosas y no es raro el caso de ver bajo un mismo techo al abuelo rodeado de varias generaciones. Habitan en casas á la china, con un patio cerrado por cuatro cuerpos de habitaciones. En

El Estudiante, publicación muy bien aceptada del público por su alteza de miras y por lo pulcro y correcto de su redacción.

En 1884 partió a Nicaragua. Allá fundó *El Independiente*, diario de grandes dimensiones y cuya publicación creó a Mayorga Rivas notable reputación como polemista político. Después de dos años de diarismo en Nicaragua, fué a Estados Unidos de Norte América como Secretario de la Legación de Nicaragua.

En Wáshington vivió más de 7 años. En aquella populosa capital sus energías se acrecentaron; en los círculos hispanoamericanos de Nueva York y de Boston, ganó puesto de honor. Fue corredactor de *La*

por la prensa, han sido los principales factores para cimentar una empresa seria de la magnitud del *Diario del Salvador*, publicación que indudablemente es la primera en Centro América y de las que figuran en primera línea en la América del Sur.

El *Diario del Salvador* es tan necesario, es tan importante para los salvadoreños, como *La Correspondencia de España* lo era para los madrileños. Cuentan las crónicas que *La Correspondencia* era el gorro de dormir de los madrileños, pues hoy el gorro de dormir de los sansalvadoreños es el *Diario del Salvador*. Un capitolino no se acuesta tranquilo sin haber leído antes el *Diario del Salvador*.

Sería obra muy extensa puntualizar la sucesión de triunfos que Mayorga Rivas ha alcanzado como literato y periodista, desde que como tal se inició (casi un niño) hasta hoy que encuentra en toda la plenitud de sus poderosas facultades.

S. Cortés Durán

San Salvador—1903.

PROMESA

No labraré tu busto sobre carrara:
Esculpirlo con frases no me intimida:
¿Qué es el mármol? Es piedra. ¿Quién lo compara
Con esa faz radiante que es toda vida?

En sus pálidas tintas marfil parece.
Es seda y porcelana por la ternura,
Nieve que el sol colora cuando amanece
Y azucenas y rosas por la frescura.

Pero el marfil, la seda, la porcelana,
La nieve, el sol, las rosas, las azucenas,
No tienen la corriente de vida humana
Que en el azulado curso miro en tus venas.

Yo copiaré tus labios cuando sonrías;
Yo copiaré tus dientes cuando resiste
En el rosáceo estuche de tus encías,
Como oriente de perlas, su blanco esmalte.

Haré con el cabello claro y sedoso
Los ideales nimbos de tu cabeza;
Modelaré tu cuello, que está orgulloso
De levantar erguido tanta belleza.

Pintaré sentimientos y sensaciones,
Y verás el contraste que siempre existe
Entre la calma estoica de tus facciones
y tu intensa mirada, profunda y triste.

Realizaré mi empresa como ninguno,
Líbrenme del marasmo que mi alma enerva
Tus labios bondadosos, que son de Juno;
Tu ceño pensativo que es de Minerva,



Revista Ilustrada, compañero de Bolet Peraza. y en esa revista escribió mucho, con estilo brillante y con gran novedad de asuntos. Bolet, Martí, Pérez Bonalde, Sellén, Ponce de León, Camacho Roldán, Becerra y toda esa pléyade de escritores hispanoamericanos residentes en Nueva York, le contaron en el número de los campeones del buen decir y le colmaron de honores.

En 1893 regresó a Nicaragua cargado de laureles y cubierto de honores por sus colegas y admiradores. Enseguida figuró en el Gobierno como Subsecretario de Estado en el departamento de Relaciones Exteriores é Instrucción Pública.

En 1897 se trasladó a esta capital en donde fundó el *Diario del Salvador*, alcanzando un éxito nunca visto en el diarismo centroamericano.

Su preclara inteligencia, su infatigable energía, su buen tacto é inimitable pericia en el escabroso laberinto de la política centroamericana y su fanatismo

Para copiar tu imagen no necesito
Mármol, cincel, colores, lienzo y pinceles:
Que surgirá radiosa del verbo escrito
Cual si la hicieran Zeuxis y Praxiteles.

Que tu mano de musa mi frente toque,
Y seré el inspirado, seré el poeta:
Haré de la palabra cincel y bloque,
Colores y pinceles, lienzo y paleta.

Francisco A. de Icaza.

EN EL DESPACHO DE UN MEDICO

(CUADRO)

Eran las once de la mañana.

El viento soplabá recio, y al atravesar el Parque Central se oía la gárrula agitación de los higuero-nes, como una sinfonía dulcemente armónica. Una lluvia de hojas amarillas desprendidas de su palacio aéreo se mecían en el aire cual mariposas doradas sin rumbo fijo.

Envuelto por volantes polvaredas llegué á la casa del médico. Sofocado por el calor, traspuse el zaguán y entré en el corredorcillo que hace de sala de espera. Un portón há mucho tiempo pintado de verde, metido de línea, guarda la entrada.

El piso del corredor está vestido con unos petates que disimulan el suelo de tierra y las tablas desclavadas que cubren un desagüe. A la vera de la pared, y á la derecha de la entrada, hay media docena de sillas barnizadas de negro, lucio y tecolote el petatillo por el uso. A la izquierda y muy cerca del portón de calle, está la puerta que da acceso directo al despacho del médico, cerrado á la sazón.

Cogí una de las sillas y la coloqué entre la puerta del despacho y la del portón. Así tenía á mi frente el corredor con sus paredes encaladas, y mirando hacia arriba, el techo, desnudo: se le veían las alfajfas, las cañas, el barro con que pegaron las tejas, y telas de araña mecidas por el céfiro é irisadas por filamentos de sol que se colaban.

El Doctor estaba almorzando; decidido á esperarle, en la silla que situé entre las dos puertas, me senté y puse el sombrero en mis rodillas. Escuchaba yo á intervalos el ruido de los cubiertos en los platos y aspiraba ráfagas perfumadas del almuerzo acabado de servir. Largo rato aguardé, y ya comenzaba á fastidiarme, cuando oí pasos en la acera y entró una mujer pequeña, gruesa, morena, de cabello negroísimo, luciente y corto; le cubría los hombros un pañolón que parecía una inmensa mancha sanguinolenta; la falda y la blusa eran de zaraza rameada de azul con flores rosadas. Me saludó y preguntó por el médico.

—Debe de estar adentro, contesté. La mujer tomó en los brazos una chiquita de cuatro á cinco años de

edad, la sentó en una de aquellas sillas que habían servido á tantas posaderas de egrotos, y se puso á dolerse de la niña y á prodigarle caricias: era la madre.

La pequeña, que no cesaba de gimotear y musitar, vestía una batita anaranjada, de manguitas cortas, escotada, y con cintillos de terciopelo negro adornada. La cabecita de la criatura estaba envuelta en un pañuelo blanco que iba hasta la nuca; y sobre los hombros, á guisa de abrigo, portaba un retazo de seda celeste, que la madre le echaba en la carita ó con el que le limpiaba los ojos.

—Mamá, vámonos. Mamá, me duele,—decía la chiquilla con los lagrimones en las mejillas;—no me gusta aquí.

—Bueno, hijita, ahorita nos vamos. Cállese.

La niña lloraba y hacía intencionas para bajar del asiento. La madre, con suavidad, la retenía; pero la muchachuela, angustiada por un dolor, se revolvía como un gusano.

De pronto una mujer del pueblo, de edad avanzada, de porte distinguido, gorda, de ojos color de violeta, dulces é inteligentes, avanzó en el corredor, haciendo la sombra con su corpachón. Iba trajeada de morado, falda lisa y blusa holgada, entre cuyos botones asomaban los padrenuestros de un rosario. Cubríase la cabeza con un ancho rebozo negro. El cabello, castaño oscuro, repartido en bandas lucias á uno y otro lado de una carrera central. Entre el cabello y el rebozo sobresalía uno como casco blanco, á modo de peineta, lo que hacía presumir que la señora se cubría la cabeza con un pañuelo. Al entrar preguntó por el Doctor.

—No está,—contestó la mujer de la chicuela.

Entonces la anciana volvió la cara, muy limpia, pero ya trabajada por el tiempo, á la calle; y haciendo un ademán con los brazos semi desnudos, vareteados de manchas cobrizas que resaltaban en la albura de la piel, dijo con entonación de mando, que delató la cara mitad de algún gamonal:

—Juan, váyase por la otra puerta y vigile si sale ó entra el Doctor para que le diga que estoy aquí. Ya sabe que llevo prisa. Y volviéndose luego á nosotros, exclamó:

—¡Ay! El reuma que me tiene agarrada por la rabadilla há días. No se puede figurar lo que padezco. Esto lo esperaba con una cara tan placentera que á nadie se le debe haber antojado creérselo.

La vieja acomodó su rollo de carnes casi en dos sillas, y entabló palique con la del pañolón rojo.

—¿Y Ud. tiene esa chiquita enferma?

—Sí, señora, de los ojos. Una nube que se le está formando.

—¡De veras!—exclamó la anciana con acento compungido.

La chiquilla lloriqueaba y comenzó á gritar:

—Mamá, vámonos. Mamá, vámonos ya.

La madre trató de aplacarla:

—No llore, no llore, mi hijita. E impacientándose, de repente, se la acomodó en el regazo y la murmuró con acento enérgico: —No, no me la he de llevar aunque grite. La traje para que la curen. Después, con tono suave preguntó: —¿Quería Ud. quedarse tuer-tica?

—Sí, mamá,—contestó la angustiada chiquilla sin alcanzar lo grave del caso.

Las mujeres rieron, y yo sonrei.

El viento seguía meciendo las telas de araña que colgaban del techo, y el sol, dorándolas con sus rayos que se filtraban por cualquier resquicio.

—¿Y vive muy lejos Ud?—siguió la vieja parlanchina.

—No... En el Hospital.

—¡Ah! Pues yo soy de San Rafael.

—Caramba, ha caminado Ud. mucho.

—...Y ahora tener que irse con ese sol...

—No, vine en carreta, y esperaré la fresca para volver.



EDIFICIO DEL BANCO DE COSTA RICA Y DE LA UNITED FRUIT CO.

En esto, un muchacho entró con un brazo en cabestrillo. Saludó, anduvo todo el gran salón de espera, se devolvió y sentóse en el quicio de la puerta mirando á las dos mujeres con insistencia. Se le adivinaban los deseos que tenfa de terciar en la conversación de ellas.

Unos minutos después, una mujer de luto, flaca, pálida, con traje de dama elegante, de segunda ó tercera adquisición, que mucho dejaba que desear en cuanto á higiene, entró y saludó compungida y quejándose.

—Los males todos son aborrecibles; pero mire Ud. el de los ojos, no se lo deseo á mi peor enemigo,—decía la de la falda azul con flores rosadas.

—¡Lo peor!—exclamó la enlutada casi llorando.

¡Ay! Este padecer de los intestinos, éste sí que es malo.

—¡Hijo!—exclamó la madre de la enfermita de los ojos.—Mi madre murió de eso.

Y el muchacho del brazo en cabestrillo, agregó:

—La mía murió de apendicitis, que es algo también de los intestinos.

La de luto engrandeció los ojos, y amargamente detalló el estado de su organismo. Había llevado medicinas días atrás y había empeorado. ¡E-taba tan débil!, decía. Y agravaba su situación, el que estaba criando, y el rorro había perdido la salud, sin duda por las medicinas que la madre había tomado.

Las otras mujeres arrugaron compasivamente el zumbel y dijo la del pañolón rojo:

—Probablemente Ud. no le advirtió al Doctor que estaba criando. Hay que decirsele, hasta muchas veces debe repetírsele, porque como tiene tantos enfermos se le olvida.

—Sí, á eso vengo. Y cambiando de modulación de voz, y de tema, preguntó:

—¿Su chiquita sufre de los ojos?

—Una nube. Hace como cuatro meses me la está viendo el oculista, pero nada. Ahora vengo aquí, porque la vez pasada este Doctor me la mejoró un poquito; pero hoy amaneció peor.

Y la niña, revolviéndose como un gusano furioso, lloraba, lloraba, mientras la mujer de luto se quejaba quedo, muy quedo, de sus intestinos.

La vieja, que desde San Rafael venía buscando un Doctor para curarse, dijo con tono dogmático:

—Déjese de jaropes y unturas de médicos. Mire, allá en San Rafael una muchachona muy guapa estuvo muy mal de los ojos. Había consumido un dinerito en doctores, y lo mismo que si no; hasta que *ña* Regina, la viejecita de San Sebastián, llegó á verla y la recetó un parche de *caraña* en la nuca y leche de golondrina para la fruta del ojo. Y no le miento, se curó.

—¡Leche de golondrina!

—Sí, una yerbecita que se cría en las rendijas de los empedrados. Se *brusa* una ramita y sale una leche con la que se debe bañar la fruta del ojo. Dada la receta, la vieja miró hacia fuera y exclamó:— ¡Qué tarde, y el Doctor no parece! Yo no puedo permanecer sentada por este reuma; mejor me levanto para andar.

Y la anciana se puso á pasearse. Luego se dirigió á la puerta de la calle: mirando el empedrado llamó á la madre de la chiquilla de la nube y la dijo:

—¡Mire allí, allí hay leche de golondrina!

Las dos mujeres salieron á arrancar la yerba.

El muchacho que llevaba el brazo en cabestrillo, desesperado de esperar, se había marchado. La mujer vestida de negro se largó, con sus dolores de intestinos á su casa, prometiendo volver más tarde.

En eso apareció en el corredorcillo el Doctor, y se encontró sólo con mi persona.

La chiquilla de la nube, de pie en la acera, gimoteaba, en tanto que su madre y la vieja de San Rafael acopiaban la yerba, conversando sobre su propiedad medicinal; y las telas de araña, doradas por los filamentos del sol que se colaban entre las cañas de la techumbre, se mecían con el viento.

Claudio González Rucavado

POSTALES

SEÑORITA LUCIA CARVAJAL

CURAZAO

Eres flor y eres astro! Tu hermosura
Tiene de un lirio virginal frescura
Y del sol tiene espléndidos fulgores.
Perfuma tú mis sueños, casta y pfa,
Y baz que irradie por fin alegre el día
Tras la noche febril de mis dolores!

SEÑORITA ESPERANZA MUÑOZ Y HERNANDEZ

CARACAS

¡Ay! Si el que solo por la senda avanza
Entre zarzas y abrojos, entre duelo,
Tuviera alguna vez como consuelo
La sonrisa de luz de esta Esperanza!

SEÑORITA ELOISA RIVAS GONZALEZ

MONTEVIDEO

Digna ofrenda á tus fúlgidos abriles
No podrán nunca tributar los bardos:
Festejen la inocencia los pensiles
Con rosas blancas y con blancos nardos!

SEÑORITA FLOR DE MARIA BARALT

NEW YORK

Yo sé de un noble cantor,
Gloria del arte, alma bella,
Que es esclavo de esta estrella
Que los hombres llaman Flor!

David M. Chumaceiro.

SEÑORITA MARIA L. BARRIONUEVO

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

¿Qué le costaba á Dios la mar salada
hacerla de aguardiente? Nada! Nada!
Así hasta San José, bella María,
por tierra firme á saludarte iría.

Ricardo Palma.

RENUNCIA POSIBLE DE PIO X

LO QUE PUEDE RESULTAR
DE UNA ASAMBLEA DE CARDENALES

Traducido para PANDEMONIUM

A Pío X, en quien solo la bondad parece ser soberana, lo están llevando despacito á la dimisión, por medio de un debate poco conocido en Francia, pero

que hace mucho ruido en los países de lengua alemana.

He aquí los hechos:

El conde Goluchowski acaba de proclamar que en el último cónclave el veto fué puesto en realidad por Austria contra el cardenal Rampolla.

Ahora bien, la elección de Pío X salió de ese veto. Si el cardenal Pujina no hubiese pronunciado, en nombre del Emperador Francisco José, la exclusión del antiguo secretario de Estado, nadie se habría acordado del patriarca de Venecia.

Las declaraciones del ministro austriaco han venido á precisar los hechos que hasta ahora habfan permanecido envueltos en una nube favorable. Los cardenales se reunieron en el acto para protestar contra la ingerencia del poder civil en la elección de los papas (lo cual es platónico) y para tomar medidas preventivas contra intervenciones futuras. Esto ya es más grave.

Es muy cierto que los cardenales piden al papa que firme un documento condenando para siempre el veto.

Esta condenatoria no tiene efecto retroactivo; quizá no lo tendrá nunca legal; pero lógicamente lleva á Pío X á la dimisión.

¿Qué autoridad puede conservar un soberano electo que proclama en persona libremente la nulidad de su elección: que protesta ante el mundo contra el procedimiento electoral que le dió el trono?

El papa todopoderoso puede efectivamente huir de un poder que no ha solicitado. Esta última palabra del poder absoluto, sólo un pontífice la ha pronunciado: Celestino V. Lo que hay de cierto en esto es que para Pío X el trono es una picota desprovista de flor alguna. Sus hermanas lo ven desmedrarse y sus familiares refieren que cada entrevista con ellas es una larga escena de llanto.

¿A dónde va Pío X? ¿A la muerte ó á la dimisión? Esta es la pregunta que se hacen todos al salir de una audiencia del pontífice. Verdad es que ya la muerte no se escancia á los papas en la copa en que beben un modesto burdeos. Los engarces de los anillos cardinalicios hanse vuelto inofensivos. Lo que proporciona la muerte al papa moderno es el encierro á que este hombre activo se ve condenado por el supremo honor.

Cuando vió que su elección era fatal, el patriarca de Venecia no pudo hablar en voz alta; pero inclinándose hacia el cardenal Ferrari le suplicó:

--Yo no puedo ser electo; no quiero, por tres razones: sólo he gobernado pequeñas diócesis; no sé hablar francés, estoy hecho á largos paseos al aire libre.

Y Pío X se ahoga en el Vaticano, cuyos sublimes cielos rasos lo aplastan. Envejece á la carrera y los que lo rodean se preguntan todas las mañanas si no

van á encontrar el papa yaciendo en la contemplación eterna. El alma de Pío X se encuentra aplastada por el poder, como la frente por las bóvedas. Si verdad es que soberano que vacila, es soberano perdido. Pío X ha vacilado ya dos veces para ceder á la postre. Felicitó á los demócratas cristianos después del Congreso de Bolonia, y luego los censuró por escrito por los trabajos de ese mismo congreso. Ordenó la reforma de la música y esta ordenanza fue retirada en seguida. La bondad se anida siempre en el fondo de los ojos, como un rayo divino que baja sobre un altar; pero los labios se hacen herméticos, los párpados caen pesadamente sobre la dulzura de la mirada, la frente se inclina hacia la tierra y las arrugas la van surcando.

Y hombres armados desde hace largo tiempo para la lucha miran estos estragos de la tiara, y ayudan á descorazonarse al hombre cuyo valor desfalleciente debieran sostener. Lo que produce las grietas en el muro y lo hace temblar viene de dentro, y esto desde el mismo día de la elección. Pío X comprendió la debilidad de su poder absoluto el día que su maestro de cámara vino á recordarle que el papa no tiene el derecho de beber una copa de marsala en compañía de un antiguo amigo.

El papa puede romper los dogmas, deshacer y rehacer las fórmulas de la fe; pero le está prohibido sentar un comensal á su mesa. Es el triste solitario de su gloria.

El conflicto del veto es el golpe supremo, venido de fuera, para derrumbar la muralla falscada desde dentro; y el Sacro Colegio ya no está dividido sino tocante á la forma de la condenatoria. En cuanto al principio están todos de acuerdo, y este principio es el que atañe á Pío X. El veto es ese derecho que tienen ó creen tener las potencias católicas para eliminar, cada una, un candidato durante el cónclave. Estando vedado el cónclave á los diplomáticos, cada potencia ha delegado siempre ese poder en un cardenal.

Ya se la considere como un derecho ó como un abuso, es esta una institución que se ha hecho respetable por derecho de antigüedad. Francia, Austria, España han hecho uso del veto desde hace siglos. Esta teoría ha causado disertaciones enojosas hasta el fastidio. No es el caso de renovarlas. Hoy, una mitad de los cardenales, quiere sencillamente que Pío X proclame que el veto ha caído en desuso y lo declare abolido. La otra mitad propone que sean excomulgados los cardenales que en lo venidero se conviertan en portavoces de la fórmula. Tanto una medida como otra alcanzan la elección de Pío X, cuando menos como censuras. Si el papa firma esta constitución, así llamada en jergonza de curia, hará un papel muy raro ante los diplomáticos que le harán por ello cargos, diciéndole:

—Pero, Padre Santo, ¿cómo habéis podido aceptar un poder cuya fuente debfais ya considerar impura?

Un cardenal muy adicto á Pío X ha hecho una proposición que podría conciliarlo todo:

La Santa Sede, sin criticar los hechos consumados, declararfa abolido el uso del veto. Esto equivaldrfa á legitimarlo al propio tiempo que se le llevarfa á la tumba. Por el mismo protocolo Pío X instituirfa lo que puede llamarse el veto preventivo, á saber: que durante los diez primeros días después de la muerte de un papa y anteriores á la elección, el embajador de una potencia podría visitar al camarlengo y entregarle una nota excluyendo á determinado cardenal. El cónclave reunido serfa dueño de pesar el valor ó las razones de la exclusión.

Esta nueva facultad ya no se concederfa tan sólo á Austria, Francia y España, sino á todas las potencias que mantienen relaciones diplomáticas con la Santa Sede. La muy sabia proposición de este cardenal, que muy bien podría llamarse Agliardi, ha llegado muy á tiempo para servir de estorbo á los que veían en la aventura actual un medio de llevar á Pío X á la dimisión. Este sistema concilia el respeto que se debe al actual elegido del veto y la necesidad evidente de modificar esta vetusta institución.

Nada puede impedir que los soberanos se interesen en la elección del papa, que es un acontecimiento político. Un pontífice que fuese antes de su elección el adversario personal y declarado de un gran Estado, perderfa en el siglo vigésimo la mitad de su poderío, para perderlo después por entero. Lo que en el conflicto actual se echa en olvido y prueba también sus secretas tendencias, es la constitución de Pío IX. Hela aquí:

«Queda abolida toda ingerencia del poder civil en las elecciones pontificias, de cualquier clase y de cualquier forma que sea».

No cabe duda de que si esta bula tuviese fuerza de ley religiosa, la última elección serfa nula de pleno derecho.

Si el veto desaparece, no será en virtud de un acto positivo, sino por la fuerza de las transformaciones de la sociedad europea. Los dos poderes, el civil y el religioso, tienden cada día más á separarse hasta llegar al supremo divorcio. Hubo períodos en la historia en que la elección del papa fue obra exclusiva de un soberano. Francia hizo papas en Aviñón con discreto proceder, y España, en otros siglos, los impuso con insolencia. Los papas electos bajo el reinado de Felipe II eran obra de la bella gracia del rey. Consérvanse en los archivos del Vaticano esquelas que en tiempos pasados se distribuyeron al cónclave y que dicen así:

«Su Majestad quiere que N... sea papa».

Y N... era papa sin discusión. Esta era la libertad

de la Iglesia en una época que cierta escuela católica ha dado en llamar el gran siglo de la Iglesia.

Hoy día la conciencia pura de un papa moderno se asusta de un veto que fue tímido como un soplo. Esto nos da á conocer un alma en que los querubines pueden bajar á mirarse como en un espejo.

Jean de Bonnefon

EN EL ARROYO

(FRAGMENTO)

¡Cuán solemne quietud! Es el momento de íntimo y celestial recogimiento en que se abisma y reconcentra el mundo; la corona de rosas de la fiesta deshojando en el polvo, en que recuesta su helada frente el año moribundo.

Sobre su lecho que agostó el solano, postrada por las fiebres del verano, naturaleza, que por fin reposa, cediendo á un suave bienestar, parece que al letárgico influjo languidece de una convalecencia voluptuosa.

Se siente una tristeza indefinible, un sopor de las cosas apacible, una impresión de soledad y olvido; y todo descolórase y esfuma tras un vapor en cuya tenue bruma dijérase que flota sumergido.

¡Hora en la vida de contrastes llena, que es ansia vaga y placidez serena, mudo estupor y religioso encanto, penumbra de misterios indecisa, último resplandor de una sonrisa que se deshace, resignada, en llanto!

Emilio Ferrari

POETAS AMERICANOS

BRISAS DEL PACÍFICO

por LUCIO AVALOS.

¿Quién, en la hora actual, no ha leído sus admirables y sentidos versos? ¿Quién no se ha deleitado saboreando ese rico manjar del cielo á que saben sus ya inmortales *Brisas del Pacífico*? ¿Quién no admira la profunda filosofía que encierran sus cantos en que parece revivir aquella musa intencionada de Heine y Campoamor?

Es todo un poeta que ha pintado admirablemente al bello sexo en su aplaudida *Guerra de las mujeres*

y en el inimitable *Desdichado*, cuya lectura no concluye sin que lloren los seres sensibles que recorren el áspero y triste sendero del dolor y que durará en memoria de los humanos en tanto haya en la tierra miseria y sentimiento.

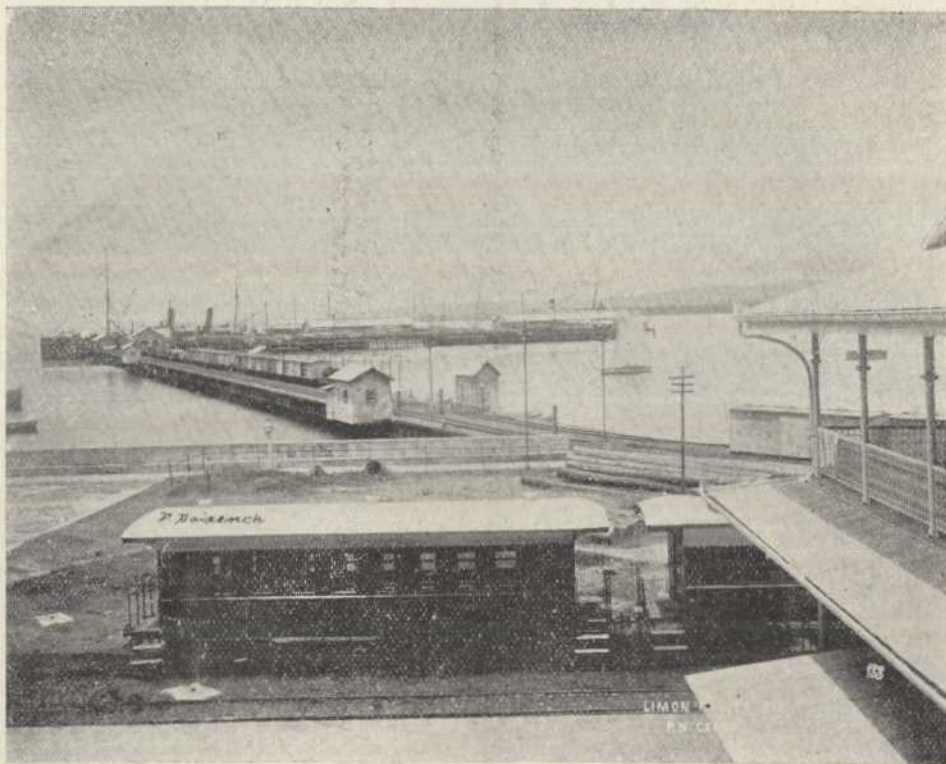
No exageramos si decimos que en la actualidad es el más conocido de los poetas centroamericanos: él con su musa juvenil, con la exuberancia en el colorido de sus imágenes, con el ritmo incomparable de sus estrofas, música perenne la más delicada y embelesadora, interpreta como ninguno las emociones

de esta alma americana que es y será siempre española en el sentimiento y en la concepción del arte.

Toda la gracia de las americanas, todo el perfume y color de nuestras flores, toda la música de nuestras vírgenes selvas, todo el murmullo de nuestros ríos, toda la claridad de nuestro cielo azul cuando lo alumbra la melancólica luna, todo está allí en la admirable obra *Brisas del Pacífico* del poeta Lucio Avalos.

E.

San Salvador, 1904.



MUELLE DEL FERROCARRIL DE COSTA RICA EN LIMÓN

ROMA

Siento resonar en mi memoria todo el día de ayer muy nutrido de impresiones solemnes; pero sin duda por lo mismo que lo son tanto, mi espíritu cansado busca reposo en un recuerdo más sereno, pues al ponerme a escribirte, sólo por escribirte algo hoy, huyo de las grandes impresiones, y una sensación sencilla y tierna se desprende del conjunto y se me impone.

Me parece algo así, como si escuchando el torrente de notas de un órgano, oyésemos, en un tiempo de

silencio entre dos grandes acordes, el llanto conocido de un niño.

Fuimos ayer á la tarde al cementerio de San Lorenzo de extramuros, con el sólo objeto de visitar el sepulcro de Luis Nadal, un joven uruguayo que murió hace algunos años en el colegio *Pío Latino Americano*; sólo á acercarnos á un puñado de polvo de nuestra sangre uruguayo, que está allí entre mucho polvo extranjero.

Fue un deseo de Adolfo, en el que encontré mucha ternura, que muy pronto hice mía. Nadal era hijo de su mismo pueblo de San José, el pueblo de su infancia,

—Puesto que estamos en Roma, me decía Adolfo, vamos á verlo.

—Sí, vamos á buscar ese sepulcro.

Y fuimos.

*
*
*

—¿Dónde está el sepulcro del colegio Pfo Americano?

—Americano... americano... nos dice el portero. ¡Ah! sí: en el cuartel número once. Vayan Vds. con este hombre.

Y cruzábamos las calles del clásico camposanto romano, leyendo lápidas de mármol, y no encontrábamos la tumba.

—Es una capilla como ésta, decía el gufa; apoyada en el muro; pero no sé si está en este camino ó en aquél; sigamos por esta calle.

Y seguíamos leyendo nombres que fueron, mirando sin ver estatuas llorosas, recostadas en urnas medio cubiertas con paños de mármol; y capillas que parecen muy hondas y con miedo dentro, cerradas por verjas; y coronas viejas de siemprevivas, y coronas nuevas, ¡siempre coronas nuevas!

Y nuestras pisadas sonaban ó chiariaban en la conchilla del camino enarenado.

El cementerio es muy grande. El día estaba gris. El viento pasaba por sobre las puntas de la yerba, como si se pasara la mano sobre una piel, erizándola un poco. Los cipreses, árboles de hierro, se movían lo suficiente para aparecer más rígidos y tristes que si estuvieran inmóviles. Para mí el ciprés no se mueve nunca; siempre lo mueven. Está bien en el cementerio con la punta hacia arriba acompañando á los dormidos.

Habíamos andado mucho entre sepulcros.

Una mujer y dos niños, vestidos de luto, estaban arrodillados junto á una cruz de madera clavada en el suelo. Nosotros dejamos de seguir leyendo inscripciones por mirar ese cuadro que nos indicamos sin hablar; pero seguíamos caminando.

—¡Americano!... ¡Aquí está! Este es el sepulcro del colegio, dijo el sepulturero. Buenas tardes, señores, buenas tardes. Y se fué.

—Toma tu propina, amigo sepulturero, y buenas tardes. Dios te guarde.

El sepulcro es una capilla espaciosa, hundida en el muro; la puerta está siempre abierta; la entrada es un arco. A uno y otro lado de la capilla, en las paredes, hay alojamientos iguales, pequeños arcos superpuestos, todos cerrados; unos con inscripciones, ocupados; alguien duerme adentro; otros en blanco, tapiados con argamasa: lechos vacíos que esperan quien los enfré.

Adolfo y yo leíamos las incipciones, uno en una

pared, el otro en la otra; arriba y abajo. Alzábamos la cabeza y la íbamos bajando poco á poco.

Mexicano... Chileno... Hic in pace... Colombiano... Paraguayo... ¡La familia, toda la familia aquí reunida!

Salimos de la capilla. También en su frente, á ambos lados de la puerta, hay sepulcros.

Otro Mexicano... un Ecuatoriano...

Hic in pace... Compositus est... uruguarianus. ¡Uruguay!

No te puedes imaginar el efecto que produce ese nombre querido escrito en un sepulcro de Roma.

Aquí está. Y nos agrupamos los dos, silenciosos, á leer aquel nombre:

—*Ludovicus Nadal, Uruguarianus.*

Miramos largo rato, sin hablarnos, la lápida de mármol blanco encabezada por el busto en alto relieve del joven seminarista, encerrado en un medallón.

—Está parecido, me dijo por fin Adolfo. ¡Pobre Luis Pedro!

Y leíamos:

Hic in pace compositus est Ludovicus Nadal, Uruguarianus. Pietatis, studio, animi, candore Insignis...

«Fue insigne en la piedad y en el estudio, y en el candor del alma, y en la dulzura, y en las costumbres.»

Y sigue la inscripción diciendo dónde y cuándo murió.

El busto del joven, con el cuello de su esclavina ceñido á la garganta de mármol, miraba sonriendo los cipreses, el aire lejano; parecía indiferente á nuestra melancolía.

¡Con qué sencilla intensidad sentí yo en aquel momento la idea de la patria!

Aquel sepulcro me parecía un sepulcro de familia, mío.

Aquel nombre *Uruguay*, era mi nombre; resplandecía como la llama del fuego del hogar en el invierno.

He pasado por tantos pueblos en estos días; he oído tantas lenguas; he visto girar tantas cosas, que me parecía que todas ellas giraban en torno de aquel nombre inmóvil, grabado en una piedra de Roma: *Uruguay*.

La distancia es gris en las montañas, es azul en el cielo, es cercana en los puntos más remotos, en los barcos que se alejan sobre el mar con las alas abiertas, en las estrellas que resplandecen en el aire obscuro; es rumor en los ruidos lejanos, melodía ó queja en los sonidos de origen desconocido. Es fraternidad en los hijos de la misma patria ausente que se encuentran, vivos ó muertos, á lo largo del camino.

Y en los muertos más aún que en los vivos.

Yo no conocí á este joven seminarista, y sentí, sin embargo, un movimiento de grande ternura en su sepulcro. Creía que si yo hubiera golpeado aquella losa, si hubiera llamado en aquella casa, hubiera

salido á abrirme, no él. sino su madre que lo es también mfa, la madre eternamente viva: la Patria ausente. Y que me hubiera sonreído.

Adiós, madre. Ya contaré algún día á los míos que te he visto sentada, buena y hermosa como siempre, en un sepulcro de Roma, al lado de los despojos de un niño que fue bueno, que fue también candoroso, y que salió de su tierra y no volvió.

Juan Zorrilla de San Martín

Nuestros grabados

A la exquisita amabilidad del señor don Luis Torres Acevedo, cónsul de España en Costa Rica, debemos las dos preciosas fotografías japonesas que hoy publicamos. Es bien sabido que el señor Torres Acevedo residió varios años en el Japón, de donde fue trasladado á esta República.

*
* *

En el espléndido edificio del Banco de Costa Rica acaban de hacerse últimamente algunos trabajos importantes. Con este motivo publicamos una vista de esa residencia, en que también tiene sus oficinas la United Fruit Co., que ocupa la parte alta.

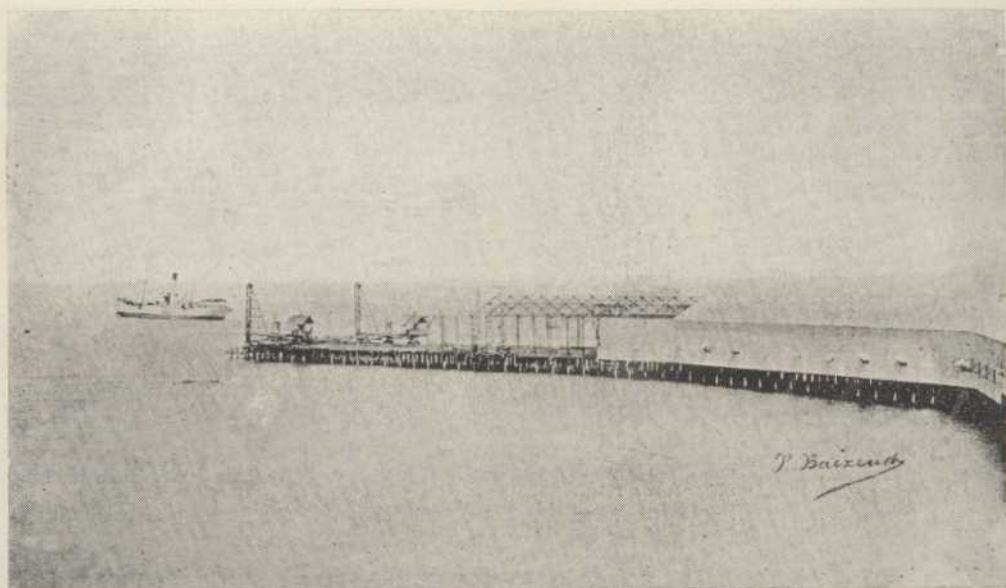
*
* *

Asimismo hemos creído de oportunidad publicar vistas de los muelles que en Limón poseen las compañías del Ferrocarril de Costa Rica y de la United Fruit, cuyas diferencias llaman tanto la atención del público. El Ferrocarril de Costa Rica pretende impedir que la United Fruit Co. haga uso de su muelle, fundándose en una cláusula del contrato Soto-Keith que interpreta á su modo; pero la poderosa compañía americana está cubierta por una ley que la autorizó á construir dicho muelle, que le cuesta la friolera de 400,000 colones. Sin embargo, á pesar de haberlo terminado hace ya algunos meses, no ha podido hasta hoy abrirlo al tráfico, por la oposición que el Ferrocarril de Costa Rica ha hecho al cruce de su línea por la de la Compañía del Ferrocarril del Norte.

Dichosamente ha podido evitarse la dificultad mediante un arreglo hecho por esta última compañía con el Gobierno, en virtud del cual éste le facilita el paso por el malecón del puerto, á cambio de ciertas ventajas para el erario público.

Muy pronto, pues, se pondrá en uso el nuevo muelle, muy superior al del Ferrocarril de Costa Rica por su situación, más al abrigo de las corrientes, y su mayor elasticidad.

Este arreglo ha sido muy bien recibido por el público, cuya inmensa mayoría simpatiza en este asunto con la Northern Railway Co.



MUELLE DE LA UNITED FRUIT CO. EN LIMÓN (hoy terminado)

Notas

RENUNCIA DEL PRIMER DESIGNADO

El Lic. D. Ricardo Jiménez, Primer Designado para el ejercicio de la Presidencia de la República y Presidente del Congreso, ha hecho dimisión de ambos cargos ante la Comisión Permanente. Este cuerpo se ha abstenido, como es natural, de tomar resolución alguna acerca de este importantísimo asunto.

Como no podía menos de suceder, la renuncia del señor Jiménez, una de nuestras más altas y estimadas personalidades políticas, ha causado honda sensación.

El próximo Congreso que se reunirá el día 1º de Mayo entrante tendrá que considerar este grave asunto, entre los muchos importantes y trascendentales que esperan resolución.

UN NUEVO LIBRO DE A. J. ECHEVERRÍA

La brillante acogida dispensada por el público costarricense á los *Romances* de nuestro querido amigo el ingenioso y jovial poeta Aquileo J. Echeverría, tendrá como consecuencia un nuevo libro de su salerosa pluma.

Aquileo prepara en estos momentos un tomo de escenas populares, género en que se ha revelado sin rival.

Nuestros *conchos* han encontrado en él un pintor magistral. Sus costumbres, su habla, sus pasiones, no tienen secretos para Aquileo. Los coloca de cuerpo entero en el lienzo, y el colorido brillante de su paleta los hace á la fuerza interesantes.

Para hacer la boca agua á nuestros lectores, publicamos hoy una muestra de lo que serán las escenas populares de Aquileo J. Echeverría.

Que no se duerma el querido poeta sobre sus laureles; que venga pronto ese libro y se agote en pocos días como el primero. Estos son nuestros deseos.

SEXTO ESCRUTINIO

Reunidos los infrascritos escrutadores en la Redacción de PANDEMONIUM á la hora indicada en las bases del Certamen, procedimos al examen de los votos recibidos, obteniendo el siguiente resultado:

Srta.		Ante- riores	Nue- vos	Total	votos
Juana de Dios Rodríguez	142	22	164		
» Lolita Durán	103	31	134		»
» Eloísa Bonnefill	92	35	127		»
» María Teresa Coronado	113	—	113		»
» Argentina Gotay	63	—	63		»
» Zoila Guardia Tinoco	55	2	57		»
» Mercedes Lara	47	1	48		»
» Rosario Zúñiga Montúfar	47	—	47		»
» Francia Rodríguez	42	—	42		»
» María Aragón	35	1	36		»
» Victoria Béeche	13	—	13		»
» Rosa Montealegre	12	—	12		»
» Adita Fernández	8	3	11		»
» Marta Tinoco	10	—	10		»
» Marta Luján	7	3	10		»
» Isabel Aragón	3	5	8		»
» Marta Feo	4	3	7		»
» Adriana Carranza	4	2	6		»
» Julia Chamorro	2	3	5		»
» Luisa Montealegre	4	—	4		»
» Graciela González	4	—	4		»
» Clara Pérez	4	—	4		»
» Livia Alvarado	3	—	3		»
» Margarita Herrero	3	—	3		»
» Odilie Cardona	2	—	2		»
» Paulina González Lahmann	1	1	2		»
» Marta González	1	1	2		»
» Enriqueta Rodríguez	1	—	1		»
» Isabel Montealegre	1	—	1		»
» Felicia Montealegre	1	—	1		»
» Clemencia Mata	1	—	1		»
» María Guardia	1	—	1		»
» Zeneida Fernández	1	—	1		»
» Rosario Guardia Q	1	—	1		»
» Florinda Quirós	1	—	1		»
» Graciela Venegas	1	—	1		»
» Adela Aragón	1	—	1		»
» María Aurelia Rodríguez	—	1	1		»
TOTAL	834	114	948		votos

San José, 2 de Marzo de 1904.

Fabio Baudrit.

Tobías Zúñiga Montúfar.

Gregorio Martín.